

«RASGAD VUESTROS CORAZONES Y NO VUESTRAS VESTIDURAS»: UN COMENTARIO A LAS PALABRAS DEL CAPÍTULO 2, VERSÍCULO 13, DEL PRIMER LIBRO DE JOEL

GUILLERMO AGUIRRE MARTÍNEZ
Universidad de Deusto¹

RESUMEN: El presente texto expone una interpretación de las palabras de Joel recogidas en el capítulo 2, versículo 13, de su primer libro. A partir de la invitación del profeta a sustituir la antigua Ley por una nueva, se tratará en torno a las relaciones entre el yo y el tú, es decir, en torno a las relaciones intersubjetivas como modo de apertura hacia una realidad dotada de mayor y abundante sentido.

PALABRAS CLAVE: Joel, Antiguo testamento, Nuevo testamento, dolor, amor.

«Rend your heart and not your garments»: a comment on Joel's First book, chapter 2, verse 13

ABSTRACT: This paper shows an interpretation of the following phrase taken from Joel's First book, 2, 13: «Rend your heart and not your garments». From the prophet's exhortation to replace the Ancient Law by a recent one, we will discuss about the question of the «I» and the «you», this is, about the intersubjective relations as a way of opening towards a wider reality.

KEY WORDS: Joel, Old Testament, New Testament, Pain, Love.

1. EXPOSICIÓN

Entre tanto espectro, entre tanta máscara y entre tanto rictus contraído, se nos vuelve extraño el rostro de la persona cuando resulta proyectado con naturalidad, de modo no forzado, esto es, cuando se expresa desde una necesidad interior y no como respuesta a unas demandas coactivas tan interiorizadas que las llegamos a confundir con las nuestras propias. Buscar y encontrar el rostro ajeno —así como el propio— alivia y engrandece, en la medida en que nos aleja de nuestro aislamiento y nos permite identificar, reconocer, al otro —asumiendo asimismo que a menudo nos presentamos como «otro» ante nosotros mismos—. Encontrar a ese otro conlleva, por tanto, dotarle de individualidad y, en consecuencia, de existencia. Partiendo de estos presupuestos, comprenderemos que mientras consideremos que dicho ejercicio de aproximación le corresponde al otro y no a nosotros mismos como factores actuantes y socialmente participativos, no gozaremos de la posibilidad de reconocernos en el «tú», de compartir nuestros padecimientos y alegrías con

¹ La realización de este artículo ha sido financiada con un Contrato Juan de la Cier-va – Incorporación, concedido por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad (IJCI-2015-26934).

él y, en definitiva, de ampliar en paralelo las dimensiones de nuestra naturaleza, reducidas por lo común al dios Yo².

Resulta significativo, a modo de punto de partida, el que cada vez con menor frecuencia se presenten en nuestro horizonte un cúmulo de «sospechosas» —así nos parecen dado nuestro terror al desorden— asimetrías, rigiéndonos por el contrario en nuestro modo de pensar y actuar por pares excluyentes incapaces de alimentarse mutuamente, de complementarse por tanto: las huellas se borran, las brusquedades y erosiones resultan disimuladas, el presente deviene opaco, eclipsado a su vez el pasado cuando no el futuro con sus temores y esperanzas, quedando ante nuestros ojos un panorama confuso y alarmantemente incierto: se disimula la persona y se privilegia un yo uniformado. El presente estado de cosas, por supuesto, no afecta sólo a las apariencias, armazón externa de un yo desdibujado, de una presencia diluida en la vaguedad de lo informe y apoyada sobre la imagen residual, sobre un «estar ante» equivalente no ya a abrirnos al mundo sino a posar ante él: grotescas estatuas fatigadas del alba a la noche como consecuencia de un impostado actuar. El alcance del conflicto rebasa nuestro mero estar y se revela, quizás por encima de todo, en nuestro modo de emplear el lenguaje, en nuestra estructura de pensamiento. Esta expresión insustancial tan plana como homogénea, resulta así en alto grado ininteligible para unos y para otros en tanto que el elemento individual, el sujeto pasivo-activo, se ve desplazado de su marco, se sabe difuminado.

Quedando sustituida la persona por un yo impersonal, el sujeto deviene en espectador de su propio fracaso. Asistimos en todo ello a la prevalencia de un habla que, en cuanto homogeniza lo en principio llamado a distinguirse —la naturaleza individual—, pervierte la comunicación e imposibilita el encuentro intersubjetivo dado que la mínima distinción se comprende, irremediabilmente y no ya por un deseo individual sino por la propia naturaleza de la herramienta, como una alteración del orden social, cuando no como una amenaza individual y colectiva. Y sin embargo algo más desalentador si cabe anida en este seriado mecanismo: el devenir en principio natural resulta dañinamente forzado. El sentido invertido, pasando el sujeto de gozar de la posibilidad de participar en la vida del otro a dilatar su espectro egocéntrico, hipertrofiado en grado tal que incluso se olvida de sí mismo en aras de la uniformidad propia de lo mecánico. La persona deviene autómatas y el encuentro inexistente o, lo que viene a ser igual, encuentro entre dos o más ausencias de sí, entre un espectro y otro.

² La relación dialógica entre el yo y el tú la observamos desarrollada en los pensadores agrupados en torno al Personalismo. Esta misma concepción, llevada al horizonte de un orden trascendental y en relación con distintas vías religiosas, se plantea en los trabajos de Raimon Panikkar. La siguiente sentencia se puede tomar como una de las directrices de su pensamiento: «La relación entre los contrarios no es dialéctica sino dialógica: ni monismo ni dualismo» (PANIKKAR, R., *La experiencia filosófica de la india*, Trotta, Madrid 1997, p. 15), abriéndose espacio así a un «entre» como elemento aglutinador de distintos conceptos o realidades. Tanto la obra de Levinas como la de Buber son centrales a la hora de acercarse a esta materia.

¿Dónde queda lugar, desde este panorama, para el sujeto si no es en la jaula que a sí mismo se ha construido a modo de templo personal?, ¿dónde, dada esta entronización del yo y la idolatría a lo más espurio de uno mismo, encontrará cabida ese sujeto al que hemos tornado en paradójica sombra de uno mismo? Comprendámoslo fijando nuestra atención sobre la imagen diferenciadora de la persona, sobre el rostro, sobre un rostro hoy mutilado y diluido en un arquetipo mediático llamado a diferenciarlo, un rostro como reflejo de un tímido pensamiento, como espejo de un alma aherrojada.

Desde esta hermandad en la esclavitud, el lenguaje, resina del pensamiento, da forma a un yo aséptico y domesticado, a un sujeto que, en tanto que desprovisto de individualidad desde su paradójica hipertrofia egoica —sujeto carente de responsabilidad, libertad y derechos—, elude sus deberes y necesidades encarnando un orden de cosas, un orden ya dado, y no una naturaleza a la busca de sentido, con sus dudas y tensiones. En esto advertimos una trampa, pues cuanto encuentra el yo al salir de sí mismo será, irremediabilmente, otro yo bajo otras diferentes máscaras, esto es, un tipo y no un sujeto diferenciado y llamado a resolver sus conflictos, a suavizar sus brusquedades, a ampliarse en su conjunto, en fin, en contacto consigo mismo y, lo que es tanto o más importante, con el otro. Conforme a esta opaca pauta el individuo cede a la especie en pos de una consentida esclavitud. La realización no pasa por un conflictivo —así se nos presenta el trato con lo distinto— diferenciarse sino, aun aparentando un falso aire individualizado, por un diluirnos en lo informe, por ser los primeros en mostrar nuestro yo a modo de exitoso mito particular por supuesto en forma de imagen. Ser por «oposición a» —y por tanto esclavizado a— y no como «integrante de». En todo ello se encuentra un asombroso y homogéneo panorama de fondo: reivindicamos nuestros derechos cuando éstos, pervertidos por multitud de motivos y un solo fin, nos reconducen a esa cuadra en la que somos marcados como generalidad y no como personas con sus elevaciones y bajezas.

De tomar por tanto ese rostro como rasgo simbólico de una época, observaremos quizás no tan atónitos, cómo el individuo, en este alterado devenir, rejuvenece a medida que los años van transcurriendo, adoptando el adulto la imagen del adolescente. Más allá de esto último, cuanto hemos expuesto en el presente epígrafe retrata un estado en el que el individuo se ve abocado a imponerse sobre cualquier otro sujeto y no a servir o cuanto menos a participar del desarrollo de ese otro. En este orden de cosas, cada cual buscará en la dinámica general de nuestra sociedad su distinción desde la falsa originalidad, esto es, no desde un crecimiento orgánico demandante y realizado en su entorno sino desde uno utilitarista, resultando dicha espuria originalidad, dado el giro líneas atrás mencionado, orientado a una sutil homogenización de gustos, actitudes y pensamientos. Se mire por donde se mire, en definitiva, una mayor individualidad parece abocarnos a una masiva estandarización en la medida en que tal distinción frente al resto deviene de una necesidad determinada por factores económicos, mercantiles o, por simplificar conceptos, numéricos, productivos y de orden cuantitativo.

2. LO QUE ESTÁ EN JUEGO

Cuanto está en juego —desesperadamente para unos, ingenuamente para otros—, apunta a recuperar nuestro pensamiento, a recobrar una mayor plasticidad del lenguaje y, con ello, a modo de corolario, el sentido de nuestras actitudes. Si queremos ahondar en mayor grado, hablaremos de recuperar cuanto ha quedado sepultado bajo la lógica y la medida, habremos de recapturar al yo viviente, al sujeto reacio tanto a encarcelar sus emociones como a expresarlas de la forma más grosera y lacerante ya sea ante uno mismo, ya ante el otro.

¿Qué ocurre aquí?, podemos preguntarnos, ¿cómo hemos dado la espalda a nuestras más hondas verdades? Acudamos a la respuesta que nuestra propia conciencia nos ofrece, prestémosle oídos cuando nos acuse de permanecer encorsetados, constreñidos en nuestro lecho de Procusto con tanto afán que a la mínima oportunidad de estallar explotamos casi literalmente, pasando de vernos con nuestro ego pleno e hinchado a observarnos como residuo, como plástico sin aliento en su interior. Retomando la respuesta con que comenzamos el párrafo, si deseamos ver cómo se desarrolla este ir y venir del yo al tú sin llegar a acuerdo alguno encendamos la televisión y observemos, en su triste desnudez, al individuo cansado y alienado tal y como realmente participa de su inexistencia, esto es, como espectador de sí mismo más que como actuante en y para una esfera más vasta de existencia, un sujeto abrumado por avasalladores factores externos a su persona —con los que ésta se confunde— hasta quedar aturdido³. Basta, por tanto, conectar con el *reality show* y observaremos en carnes ajenas, para nuestro espanto, aquello que nosotros mismos padecemos en mayor o menor medida dado que todos participamos del mismo juego o al menos nos vemos mediatizados por él —y esto es válido incluso para el que decide anidar fuera de la esfera envolvente que determina nuestra realidad—. Reparando en esta imagen, reconociéndonos como parte de una misma estructura, desplazaremos la mirada por nuestro espacio cotidiano, por nuestros rechazos y afanes, descubriendo que ni tan siquiera estamos ya a salvo en el hasta hace poco más seguro de nuestros reductos: el hogar. Acudimos, estremecidos, al sueño, sin detenernos a pensar en si merece la pena ponerse a salvo a base de aturdimiento o, en cualquier caso, sin molestarnos en comprender qué entendemos por mantenernos a salvo y qué buscamos, en última instancia, con ello.

Regresando a la imagen del rostro como presencia simbólica, borrados sus relieves, expropiadas las asimetrías de nuestras acciones, despojados así mismo de nuestro cotidiano hacer y deshacer, metafóricamente desligados de nuestras

³ Señala Jaspers: «Ante nuestros ojos se ha abierto un abismo. Se ha visto lo que el hombre puede hacer, y, en verdad, no según un plan trazado de antemano totalmente, sino en un círculo que se agrava una vez que el hombre ha entrado en él. Es un círculo en que los participantes son arrastrados sin que la mayoría sepa ya o quiera lo que en progresión incontenible llegará a sufrir o a hacer» (JASPERS, K., *Origen y meta de la historia*, Acantilado, Barcelona 2017, pp. 218-219).

propias manos como segundo rostro que son⁴, cabrá aún preguntarse, ¿de qué modo, con qué medios, con qué realidades, habremos de identificaremos en adelante?, ¿cómo podremos reconocernos no ya en un pensamiento alienante y automatizado sino, por el contrario, en uno dinámico desde el que nos veamos capaces de asumir nuestras vivencias particulares en el marco de un espectro, igualmente dinámico, de mayores dimensiones?, ¿cómo proyectarnos hacia un exterior contemplado, para nuestro horror, como una sima abismal representada por un «otro» tendente a ignorarnos pues ante sus ojos una nueva sima, la que conduce a nosotros mismos, se abre frente a él? De acuerdo con el profeta Joel, pues tomaremos de sus palabras nuestra respuesta, quedará la posibilidad de abrimos a nuestras experiencias personales profundas, ya en forma de amor, ya de dolor, y expresarnos ante el otro precisamente desde esa sima en que habremos de caer en el momento de aceptar dichas realidades como verdaderamente nuestras y no como algo que nos ha sobrevenido liberándonos, dicho sea de pasada, de libertad y responsabilidad. En el fondo de esa sima, a fin de cuentas, seremos capaces de hallar, tan temeroso como nosotros, el rostro escondido del otro.

El conflicto —y conviene recordar que en el problema acaso se encuentre la solución, que el problema es incluso la solución—, por tanto, se presenta permanentemente ahí, ante nuestros ojos, y se revela tan ignorado y despreciado como siempre lo ha estado, aun cuando los factores externos que llevan a la deshumanización se han multiplicado de manera exponencial. De poco vale enumerar ramificaciones del problema o, si optamos por aludir a ello asépticamente, de la situación planteada: es inútil, comprendamos en primer lugar que la tarea no ha de encaminarse a la aséptica evitación por todos los medios de un ineludible sufrimiento, pues precisamente desde su escucha seremos capaces de sacarle provecho, de hacer de él un modo de crecimiento. Este hecho implica atender el dolor del otro, hacernos cargo del dolor del otro, hacernos cargo de él, hacernos cargo activa y no pasivamente de cuanto sucede a nuestro alrededor y, como partes integrantes que somos de un mismo organismo social, de cuanto nosotros mismos padecemos. Asumir el propio dolor, cabe añadir aun no exponiendo con ello nada novedoso, aumenta nuestras posibilidades de encuentro con el otro desde la empatía, desde la semejanza en la diferencia, pues sólo desde dicha aceptación resulta posible ampliar las dimensiones del sujeto sin que tal crecimiento suponga una amenaza ni para el resto de individuos ni para nuestra identificación con nuestro fondo particular, pues éste, ya lo hemos mencionado, encierra en sí una sustancia cambiante, interactuante y participativa.

La interrelación se produce, entendida de este modo, a partir de una natural distinción, si bien en este caso ésta se proyecta hacia el exterior no ya por medio del disfraz o de la máscara, sino del afecto, del abrazo, así como, por recuperar

⁴ La idea la encontramos desarrollada por Florenski en relación con la significación del rostro, las manos y los pies en los iconos. Señala a este respecto el autor: «Se da un detalle muy significativo: el concepto de *lik* (semblante) incluye órganos secundarios de la expresividad, los pequeños rostros de nuestro ser: las manos y los pies» (FLORENSKI, P., *El iconostasio. Una teoría de la estética*, Sígueme, Salamanca 2016, p. 166).

alguna de las imágenes anteriormente mencionadas, del corazón fatigado. Comprendámoslo de este modo: conoce la naturaleza del dolor y se entrega a su reparación primeramente quien lo ha sentido en sí mismo, quien lo ha grabado en su rostro y en su propio corazón; quien habiendo experimentado el dolor —y el disimulo ajeno ante su petición de auxilio— no oculta sus miserias, sus huellas extraviadas, quien no desea borrarlas de su fondo de vivencias. Y aun con todo, engarzando esta imagen con cuanto se viene planteando en estas páginas, la tendencia común, social, imperante, se obceca no sólo en eliminar esta cicatriz en uno mismo y en consecuencia en suprimir la posibilidad de repararla en el otro —al tiempo que reparar la de ese otro—, sino en eliminar la propia realidad del dolor, obturar la fuente de donde mana y negar, no puede ser de otra manera, la doble cara de nuestra propia naturaleza. Cercenada la sombra proyectada por la luz al contacto con el objeto, la dialéctica de opuestos con que medimos nuestros actos, la realidad, nosotros mismos, el ser humano, deviene en fondo plano, en mera superficialidad, mecanismo deshumanizado.

Llegados a estas latitudes resulta notorio que con este giro, con esta mutilación de nuestras emociones elementales, impedimos nuestra homeostasis individual y colectiva. Cabría por tanto preguntarnos: ¿contamos con los mecanismos para suplir tal deficiencia?, ¿contamos con las herramientas para desnaturalizar las mismas leyes naturales sin sufrir un, llamémosle, castigo por tal osadía? Lo cierto es que, repartido el estigma, a nadie se le pide un gesto heroico pues tal demanda, además de injusta, daría lugar a innecesarios malentendidos. Y sin embargo, cabe presentar o, desde lo aparentemente confuso e ilógico, plantear una respuesta, alusiva a la experimentación del dolor como vivencia cotidiana, como realidad inmediata —respuesta acaso mal comprendida o decididamente rechazada por nuestra higiénica sociedad—, y es que el modo en que encaramos el dolor nos lleva a tocar uno de los fundamentos, uno de los sentidos también, de nuestra realidad occidental, en tanto que nuestros esfuerzos apuntan a liberarnos de su innecesaria carga de buenas a primeras, aun cuando tal acto conlleva, en función de una relación de simetría, el esclavizarnos a nuestra más constreñida naturaleza. Repudiada la sombra de nuestra identidad, se acentúa para nuestro horror la distancia entre la conciencia del yo y su naturaleza sustancial, se acentúa la neurosis sobre la que vienen a anidar los demonios de nuestra persona, y de nuestra esclava sociedad.

3. RASGAD VUESTROS CORAZONES Y NO VUESTRAS VESTIDURAS

A partir de ahora, en las páginas restantes, ofreceremos como bálsamo a los males aludidos⁵ las palabras del profeta Joel de acuerdo con la interpretación

⁵ Unos males que no conviene negarlos como tampoco claudicar ante ellos. Señala al respecto Karl Jaspers: «Quien tiene por segura la paz se descuida y, sin proponérselo, empuja a la guerra. Sólo quien ve el peligro y no lo olvida en ningún momento puede comportarse razonablemente y hacer lo posible para conjurarlo» (JASPERS, K., *Origen y meta de la historia*, Acatilado, Barcelona 2017, p. 224).

que en parte ya hemos desglosado. «Rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras», así comienza Joel el versículo 13 del segundo capítulo de su primer libro, pudiendo comprenderse su exhortación como anticipatoria de cuanto se recogerá en el Nuevo Testamento en lo que concierne al derrocamiento de la Ley⁶, al derrocamiento de ese «rasgad vuestras vestiduras» y la asunción paralela del amor, de un actuar no ya en función de un poder coercitivo externo y sí, en cambio, de la libre emergencia de cuanto encontrando reposo en nuestra persona rebosa de ella, de cuanto nos colma y nos vacía. Prescindiendo de detallar el significado de la segunda de ambas proposiciones, «rasgad vuestras vestiduras», quisiera detallar la significación de la primera: «Rasgad vuestros corazones», en la medida en que desde esta última resulta posible complementar lo expuesto en las páginas precedentes.

Rasgarse el propio corazón implica, en primer lugar, vaciarse de uno mismo, implica permitir la ruptura con un yo egoico y posibilitar de este modo la participación con nuestro mundo no ya desde cuanto éste nos reporta sino desde nuestra amistad con el medio y con los sujetos con quienes convivimos. El rechazo que nuestra sociedad manifiesta hacia el dolor resulta inversamente proporcional a la altura de espíritu alcanzada por esa misma sociedad, y ello se puede trasladar así mismo hacia cuanto observamos en el sujeto particular.

Rasgado el corazón, la coraza que distingue el yo del otro queda demolida y posibilitada, en consecuencia, una natural salida y entrada del amor... y del dolor. Ambos elementos, ambos estados, como dos corrientes de aire que tienden a confundirse y a estabilizarse, una vez permitida su liberación desequilibrarán con su empuje al individuo en un primer instante dada la viveza con que lo obstruido se vierte hacia el nuevo y necesario cauce. La afluencia del dolor acaso, podemos añadir, resulte más apremiante, más urgente, que la del torrente amoroso, en la medida en que el sufrimiento se ve censurado en nuestra sociedad tal y como fácilmente podemos advertir si observamos la abrumadora desproporción entre sonrisas y lágrimas que uno advierte cuando pasea por las calles: un enorme dolor enterrado se percibe fácilmente en rostros contraídos y hasta en el modo de caminar, en mil nerviosas muecas igualmente y, en lo relativo a la actitud del individuo en este estado innatural, en la tan común imposibilidad de preocuparnos por el sentimiento ajeno; y es que, volviendo a Joel, no habiendo rasgado nuestro corazones resulta imposible sanarlos. Desde esta perspectiva, cabe apostillar, una sociedad aséptica impedirá casi de modo natural una suerte de sanación colectiva, un echarse a la calle embriagados de dolor y recibir el cariño del otro con la misma espontaneidad con que, en nuestra convivencia cotidiana, una carcajada le sigue a la otra, pues, mientras esto último se aplaude socialmente, el dolor lo guardamos en nuestros pechos con llave y esa llave la echamos al río.

⁶ Como es sabido, encontramos esta traslación desarrollada en toda su sutileza en las *Epístolas* de san Pablo.

Permitir la salida de nuestro sufrimiento, en definitiva, tiene un efecto paralelo, consistente en la entrada en uno del dolor ajeno. Y es que a poco que rocemos, a poco que acariciemos el brazo del otro, el dolor acumulado saldrá con desbordante viveza rebosando del sujeto. De esta situación cabe derivar que la imposibilidad de contener no sólo el nuestro sino el sufrimiento del otro, viene de la mano de la imposibilidad de liberar nuestro esclavizado amor —no el afecto egoísta sino el desinteresado— y de aceptar el que nos llega desde fuera. Este último se nos ofrece libremente, si bien en el momento en que somos nosotros quienes exigimos el grado y el modo en que ha de llegarnos queda rota toda esperanza, queda obturada toda forma de comunicación sincera y no interesada o automatizada. En estos instantes nuestro trato con el rostro del otro, con el brazo del otro, queda regido por leyes y convenciones sociales y no por nuestras necesidades afectivas. Participando de este intento de diálogo, que ya no es tal sino acción egoísta, será cuando con tanta facilidad, escandalizados con nuestro interlocutor, enfurecidos por el interés que sus palabras desprenden —tanto como las nuestras—, nos rasguemos las vestiduras sin detenernos a reflexionar sobre la reciprocidad u honestidad de nuestro lazo con el mundo, de nuestro trato con ése que ya no es parte mía sino completamente otro: despierta entonces la amenaza y se ciega la simpatía.

Conforme a este último trato, llegamos al punto en que el dolor, sintiéndolo como una carga, resulta apartado sin más pues al desaparecer su sentido los efectos resultan innecesarios y, en consecuencia, constituyen un objeto a evitar pues nada puede reportarnos. No se pretende llamar con ello a una búsqueda o una «creación» del dolor donde no ha de haberlo, evidentemente, ni tan siquiera a dotar de sentido aquello que queda fuera de nuestro dominio, sino simplemente al hecho de no rehuirlo por sistema y a comprender qué hacer con el dolor una vez que acontece, esto es, conocer cómo abrirle paso con el fin de transmutarlo en amor, o al menos con el de no encerrarlo en una celda —nuestra yoidad— donde dejarlo pudrirse y a nosotros con él. También cabe advertir, aun resultando quizás obvio o impertinente señalarlo, que en este proceso, como en cualquier otro de distinta o igual naturaleza, la cantidad asimilada resulta crucial pues del mismo modo que la requerida se comprende como sanadora y, en fin, liberadora, una dosis mayor de la tolerable agrava el conflicto viniendo a sumar dolor sobre dolor, quedando liberado tal exceso, por lo común, en forma de odio, rencor o culpa, ya hacia uno mismo, ya hacia ese otro que ya hemos tornado, definitivamente, en un lejano, aséptico e indiferenciado otro.

CONCLUSIÓN

Queda por concretar el lugar del dolor en nuestra realidad cotidiana. Habitados a movernos en el marco de construcciones lógicas antagónicas, nos vemos desprotegidos a la hora de integrar las diferentes polaridades tanto de nuestros razonamientos como de nuestras emociones. De este modo, tendemos

a advertir allí donde hay dolor, únicamente dolor, y donde se da felicidad, tan sólo felicidad; donde hay amor exclusivamente amor, y donde vemos tristeza advertimos sólo tristeza. Y sin embargo la realidad, el individuo mismo, resulta mucho más abundante, pues aun cuando su interpretación se ve falseada por sus razonamientos, experimenta, a poco que toma distancia respecto de sí mismo y observa sus vivencias desde una medida menos egoica, cómo cada uno de los términos anteriormente aludidos conforma un vasto bosque en el que la emoción identificada por nuestra razón convive con muchas otras emociones comprendidas tan a menudo como opuestas: tristeza-alegría, felicidad-dolor, esperanza-desesperanza, etc. En consecuencia, y por ceñirnos a nuestro objeto de estudio, conviene reparar en cómo en nuestro bosque de desamparo crece un ansiado espectro de amor, quizás incluso de esperanza, y a poco que ahondemos, que variemos de perspectiva y reparemos en las otras muchas realidades de las que formamos parte y que nos rodean, un brote, suficiente para comenzar a sanar, de serena felicidad, de incipiente plenitud.

La tarea, en cualquier caso, pasa por vencernos a nosotros mismos, por echar por tierra los diques de nuestra mismidad, la que nos aísla y consume, devora y despedaza⁷, o en todo caso ampliarla al contacto con el otro: variar nuestro punto de vista y ver, comprender, con ojos ajenos y no ya con los nuestros. Esta rotación, esta transmutación del yo en el otro, así mismo, puede entenderse a modo de transferencia energética de la propia emoción sobre un receptor apropiado ya sea éste una persona o un objeto simbólico⁸. Aquí lo fundamental remite al carácter receptivo de este último, cuya libre donación funcionará a

⁷ Señala Földényi: «La secularización no sólo supone el destronamiento de Dios o su expulsión más allá del horizonte humano, sino que el hombre se atribuya facultades divinas: desempeña el papel de Dios siendo un ser no divino. Sigue viva la necesidad de la religión (de la trascendencia), pero se manifiesta precisamente en un rechazo casi apasionado de la trascendencia, a través de numerosos desvíos del autoengaño» (FÖLDÉNYI, L., *Dostoyevski lee a Hegel en Siberia y rompe a llorar*, Galaxia Gutenberg. Barcelona 2006, pp. 41-42).

⁸ Con referencia a una relación de transferencia, encontramos en la figura de Cristo uno de los símbolos axiales en la cultura occidental, figura donde el amor y el dolor se entrelazan de modo tal que constituyen la síntesis de su identidad. Así mismo, en la medida en que nos vemos incapacitados de transferir nuestras vivencias a un segundo objeto o sujeto, acontece el encierro de la persona en sí misma, paso primero para la negación de toda realidad exterior en la medida en que el sujeto considerará su realidad como proyección de su mismidad, constituyendo su espíritu el campo de batalla de sus ángeles y demonios. Cercano a este planteamiento, Buber, en su viva crítica a Jung, señala que «en el transcurso de su filosofar, el espíritu humano tiende cada vez más a mezclar de una forma peculiar esta concepción suya —la concepción del Absoluto como objeto de un pensamiento adecuado— consigo mismo, con el espíritu humano. La idea, primero contemplada desde un ángulo noético, se convierte a lo largo de este proceso en potencialidad del propio espíritu que la piensa, potencialidad que logra en él su actualidad. El sujeto, que parecía como unido al ser, para realizar por él el servicio de la contemplación, dice que él mismo ha producido y produce el ser. Hasta que, finalmente, todo lo que está ahí frente a nosotros, todo lo que nos afecta y se apropia de nosotros, toda existencia que nos acompaña, se disuelve en una subjetividad que vuela libremente» (BUBER, M., *Eclipse de Dios*, Sígueme, Salamanca 2013, p. 146).

modo de retorta en la que se transfiguran nuestras penas. Acogiendo tal objeto nuestras dolencias anímicas, abriéndonos nosotros mismos a su ofrecimiento, hallaremos de inmediato un espacio libre y apto para el cultivo y hallazgo de nuevas realidades existentes o por llegar: un nuevo vínculo con la realidad, un rayo de esperanza suficiente por sí mismo para mantenernos a salvo hasta el momento en que aquellos tiernos brotes anteriormente aludidos se desprecen lentamente.

Cuanto se ha mencionado a lo largo de estas páginas, vale señalar a la hora de poner fin al presente comentario, apunta a un giro en nuestras conductas con el objeto de despojarlas de sus automatismos. El salto de un texto teórico a una vivencia real, empírica, requiere de la puesta en práctica del mensaje recogido aun en mínimo grado, toda vez que, regresando a las relaciones de transferencia recién señaladas, un mínimo contacto directo con la vivencia primera activa la larga serie de concatenaciones que conforma toda actividad humana no mecanizada, esto es, consciente y sintiente de la relación entre el yo y el otro. Esto es cuanto desprendo de las palabras tomadas del profeta Joel.

BIBLIOGRAFÍA

- Buber, M. (2013). *Eclipse de Dios*. Salamanca: Sígueme, 146.
Florenski, P. (2016). *El iconostasio. Una teoría de la estética*. Salamanca: Sígueme.
Földényi, L. (2006). *Dostoyevski lee a Hegel en Siberia y rompe a llorar*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
Jaspers, K. (2017). *Origen y meta de la historia*. Barcelona: Acontilado, 218-219.
Panikkar, R. (1997). *La experiencia filosófica de la india*. Madrid: Trotta.
— (2010). *Sagrada Biblia*. Madrid: BAC.

Universidad de Deusto
guillermo-aguirre@hotmail.com
g.aguirre-martinez@deusto.es

GUILLERMO AGUIRRE MARTÍNEZ

[Artículo aprobado para publicación en enero de 2019]